
La CARRERA
de la FE
R. C. SPROUL

La CARRERA de la FE





La CARRERA de la FE

R. C. SPROUL

La carrera de la fe

Impreso por Editora Fiel en asociación con
Reformation Trust, una división de Ligonier Ministries,
Ligonier Court 421, Sanford, Florida 32771

MinisterioFiel.com.br | Ligonier.org | ReformationTrust.com

Edición Especial para los Juegos Olímpicos de Verano de Río de Janeiro
en agosto de 2016 por el "Proyecto Verdad en los Juegos",
una asociación entre Ministerios Fiel y Ligonier Ministries.

Director: John Cobb (Ligonier) y James Richard Denham III (Fiel)
Coordinación general: Tiago José dos Santos Filho
Editor: Tiago José dos Santos Filho
Traducción castellana: Ligonier
Portada y diagramación: Rubner Durais

ISBN: 978-85-8132-373-2

EL CREDO DE LOS APÓSTOLES

Creo en Dios Padre, Todopoderoso
Creador del cielo y la tierra.

Creo en Jesucristo, su unigénito Hijo, nuestro Señor
quien fue concebido por el Espíritu Santo,
nacido de la virgen María;
sufrió bajo Poncio Pilato;
fue crucificado, muerto y sepultado;
descendió al infierno;
al tercer día resucitó de entre los muertos;
ascendió al cielo,
y se sentó a la derecha de Dios Padre Todopoderoso.
Desde allí vendrá a juzgar a los vivos y a los muertos.

Creo en el Espíritu Santo,
la santa Iglesia Universal,
la comunión de los santos,
el perdón de los pecados,
la resurrección del cuerpo,
y la vida eterna. Amén.

Contenido

En busca de gloria

La búsqueda de gloria es sumamente motivadora. Muy a menudo, cuando parece que la gloria está a nuestro alcance, nos esforzaremos aún más o correremos más lejos. Incluso estamos dispuestos a sacrificar la comodidad personal por una oportunidad de gloria. "El que no arriesga no gana", repetimos, y luchamos por llegar más lejos. Queremos que nuestra vida valga la pena. Queremos que nos aclamen por buscar algo meritorio.

Hay una razón por la que experimentamos esta profunda sed de gloria. En la Palabra de Dios descubrimos que fuimos creados para la gloria. Él formó nuestros cuerpos y exhaló vida en nosotros para que pudiéramos

conocer la grandeza de su santidad y asombrarnos ante ella. Nuestro corazón y mente estaban hechos para recibir tal impresión de la bondad de Dios que estaríamos prestos a adorarlo y obedecerle. De esta forma, reflejaríamos la admirable gloria de Dios.

No obstante, mira a tu alrededor. El mundo no resplandece con la gloria de Dios, ¿verdad? Quizá hayas notado cómo el mal ha deformado el mundo. Hay sufrimiento, amargura, engaño y muerte. Si fuimos creados para conocer la gloria de Dios, ¿qué salió mal?

La respuesta que provee la Palabra de Dios apunta a nuestro corazón. Fuimos creados para confiar en Dios y darle gloria. Pero nosotros insistimos en buscar más bien nuestra propia gloria. Hemos sustituido la voluntad de Dios por nuestros propios deseos, y nos hemos propuesto ganar renombre. Esto es lo que la Biblia llama "pecado" y es la desobediencia a los propósitos de Dios para nosotros. El pecado nos tienta a hallar satisfacción en nuestra propia flaqueza en lugar de en la grandeza de Dios. Tratamos erradamente de obtener gloria permanente en nuestra identidad, nuestro trabajo o nuestros sueños. Pero una y otra vez nos encontramos tanto vacíos como insatisfechos. Además nos encontramos condenados, porque nuestro pecado no pasa inadvertido para

Dios. Él es un Juez justo. Somos culpables de abandonar su verdad mientras intentamos establecer la nuestra. El castigo de este pecado está claramente descrito: muerte y eterna separación de Dios.

¡Pero el mensaje del Evangelio es una gloriosa noticia! "De tal manera amó Dios al mundo", dice la Biblia, "que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree no se pierda, sino que tenga vida eterna". Jesucristo, el perfecto Hijo de Dios, tomó la forma de hombre pero sin el pecado del hombre. Él vivió entre los hombres pero sin participar de la desobediencia de ellos. Él no titubeó respecto a buscar la voluntad de Dios y glorificar el nombre de Dios. Él reflejó perfectamente la gloria de Dios.

La Biblia dice que Jesucristo fue "obediente hasta la muerte, y muerte de cruz". Su obediencia lo llevó a morir en una cruz. ¿Por qué?

Esta es la respuesta: Jesucristo tomó en sí mismo nuestra condenación. Él sufrió nuestra muerte para que nosotros podamos vivir. Él padeció el castigo que nosotros debíamos haber sufrido. Él cargó nuestros pecados para que nosotros pudiéramos hallar perdón. Él dio su vida para que nosotros pudiéramos ser aceptados delante de Dios. Él murió por nosotros para que pudiéramos confesar nuestros pecados y hallar redención en él. ¡Esta

es una extraordinaria y gloriosa noticia! Tres días después de su muerte, Jesucristo volvió a levantarse. ¡Se levantó victorioso sobre la condenación, la muerte y el pecado!

La Biblia expresa la buena noticia de esta forma: "Por tanto, no hay ninguna condenación para los que están unidos a Cristo Jesús". En Jesús, se nos regala perdón, esperanza, paz, y satisfacción. En Jesús, somos aceptados de inmediato ante la presencia de Dios y descubrimos nuevamente la belleza de su amor y santidad. Esto es salvación, esto es realmente glorioso. Esto es el Evangelio.

Estimado amigo, ¿has confesado tus pecados y creído en Jesucristo? ¿Estás dispuesto a confiar en su muerte y resurrección como el medio por el cual somos salvos? Hoy puedes ser salvo. Él te perdonará.

Nuestra oración es que creas en él y descubras que su gloria realmente satisface.




Ministerio Fiel & Ministerio Ligonier

Capítulo Uno

La carrera de la vida

Muchos decían que era imposible. Aquellos que lo intentaban fallaban una y otra vez. El objetivo estaba asombrosamente cercano, y no obstante fuera de su alcance. Correr un kilómetro y medio en menos de cuatro minutos: era el sueño de los corredores de media distancia. Desde 1945, el récord se había mantenido en 4:01.4. A comienzos de la década de 1950, una sucesión de competidores, entre ellos John Landy de Australia y Wes Santee de Estados Unidos habían llegado cerca del récord: 4:03.6, 4:02.4, 4:02.0. El corredor inglés Roger Bannister observaba cómo se reducían los tiempos, y sabía que si

iba a tener una oportunidad de batir el récord, tendría que intentarlo pronto.

Bannister, un joven amateur prometedor, era uno de los favoritos en los 1.500 metros en los Juegos Olímpicos de Helsinki, Finlandia. Sin embargo, se añadió una semifinal al calendario, algo que él no esperaba. Si bien clasificó para la final, la carrera extra debilitó las energías de Bannister. Al competir contra un vasto grupo de talentosos atletas en la final, terminó en un decepcionante cuarto lugar.

Bannister tenía que tomar una decisión. Había dejado pasar la oportunidad de competir en los Juegos Olímpicos de Londres 1948, pues se consideraba demasiado joven y sin experiencia. En el intertanto, había comenzado una carrera en medicina. La creciente exigencia de su labor médica a tiempo completo significaba que probablemente no podría entrenar adecuadamente para los Juegos de 1956 en Melbourne, Australia. Bannister tenía que decidir si iba a dejar el atletismo. Después de dos meses de deliberación, resolvió fijar la mirada en romper la barrera de los cuatro minutos para los 1.500 metros.

Algunos intentos en 1953 llevaron a Bannister cerca del récord y lo convencieron de que los cua-

tro minutos eran posibles. Así que, el 6 de mayo de 1954, Bannister se ató los zapatos en Iffley Road Track en Oxford, Inglaterra. Iba a competir para la Asociación Británica de Atletismo Amateur en un encuentro contra la Universidad de Oxford. Era un día frío y lluvioso, con vientos tempestuosos que amenazaban con generar condiciones adversas para la carrera.

Bannister llegó con zapatos de clavos recién afilados y cubiertos con grafito para protegerlos de la acumulación de material. A medida que se acercaba la partida de las 6 p. m., Bannister estaba preocupado por las condiciones del tiempo y consideró retirarse, pero su entrenador estaba convencido de que este día sería su mejor oportunidad. Como el viento se calmó justo antes del momento de la partida, Bannister decidió hacer el intento.

Tras algunos momentos de ansiedad debido a una partida falsa, comenzó la carrera. Bannister se metió detrás de su líder, Chris Brasher, quien lo guió aproximadamente las dos primeras vueltas. Al llegar a la marca de medio camino, el tiempo era 1:58. Brasher quedó atrás y Chris Chataway tomó la tarea de marcar el paso, liderando a Bannister du-

rante la siguiente vuelta para un corte de 3:00.07. Bannister tendría que correr la última vuelta en menos de 59 segundos.

Chataway continuó liderando hasta la curva final antes de ceder, y dejó a Bannister para que comenzara el último tramo solo. Comenzó su golpe final cuando le faltaban unos 250 metros. A medida que se acercaba la cinta, Bannister aceleró y cruzó la meta, y luego se desplomó, exhausto.

La multitud esperaba expectante mientras el anunciador del estadio prolongaba la tensión. Finalmente, llegó el anuncio: "El tiempo fue 3...".

No terminó la frase. La multitud estalló, y Bannister, Brasher, y Chataway dieron la vuelta olímpica. El sueño imposible se había cumplido.

Los cuatro minutos de Roger Bannister fueron un glorioso logro deportivo. Nos dicen algo acerca del trabajo arduo, la planificación y el entrenamiento meticulosos, y la determinación. Estas son cualidades que fueron muy útiles para Bannister en su carrera de atletismo como también en su carrera médica.

Cualidades como estas también son útiles en nuestra vida. A fin de cuentas, la vida a menudo ha sido comparada con una carrera. Hay una partida y

una meta, y se hacen muchos esfuerzos en el tramo intermedio. Si la vida es una carrera que todos corremos, ¿cuál es el objetivo? ¿Cuál es la meta? La vida puede ser difícil; nos cansamos y queremos ir más lento. Pero aún así seguimos adelante. ¿Pero hacia qué corremos?

La mayoría de las personas en la historia han creído en alguna especie de vida después de la muerte. Algunos creen en el karma y la reencarnación, donde uno vuelve y vive una nueva vida en un ciclo interminable, y donde nuestros actos en una vida determinan nuestra situación en la siguiente. La mayoría de la gente cree en algún tipo de cielo, un estado de dicha. En lo que ellos difieren es en la respuesta a cómo se llega allá.

Para los cristianos, las respuestas a estas preguntas se encuentran en la Biblia. La Biblia es el libro más vendido de la historia, por buenos motivos. Es la Palabra de Dios, su revelación perfecta y con autoridad para el ser humano. Contiene importante información para que conozcamos y da respuesta a las preguntas que todos nos hacemos. Es el mapa que nos traza la ruta a seguir en la carrera que llamamos vida.

Si abres una Biblia, verás que tiene dos divisiones principales, el Antiguo Testamento y el Nuevo Testamento. Dentro de estas divisiones principales hay sesenta y seis libros más pequeños, escritos por muchas personas en un periodo de alrededor de 1.500 años. Estos libros menores varían en su contenido –desde historia, profecía, poesía, a biografía– pero todos relatan la historia del trato de Dios con su pueblo.

El Antiguo Testamento es la historia del pueblo de Dios antes del tiempo de Jesús. Contiene relatos de sus triunfos y fracasos. Los escuchamos regocijándose y llorando. Vemos a Dios castigándolos por su desobediencia y rescatándolos de sus enemigos. En medio de todo esto, vemos el cuidado de Dios por su pueblo y lo escuchamos prometer que él salvará a su pueblo total y definitivamente por medio de un Salvador que iba a venir.

Ese Salvador es Jesucristo. Él fue un hombre que vivió en Palestina hace dos mil años. Pero no era un simple hombre; era Dios en carne y hueso. El Nuevo Testamento nos cuenta la historia de quién es él y qué hizo en la tierra, y luego nos cuenta lo que sus seguidores dijeron e hicieron después de que él ascendió al cielo.

Es este Jesús quien está en el centro de la fe cristiana. El relato de quién es él y qué hizo por su pueblo se denomina el *evangelio,* que significa "buenas noticias". Esa buena noticia significa que podemos ser liberados de nuestros pecados y podemos reconciliarnos con Dios. A consecuencia de esto, los cristianos anhelan estar con Dios al morir y adorarlo para siempre con gozo sin fin. Y Dios, puesto que es amoroso y compasivo, ha provisto un camino para que estemos con él mediante el evangelio, si bien hay grandes obstáculos en el camino. Ese camino es por la fe en Jesucristo.

El apóstol Pablo, uno de los seguidores de Jesús y autor de gran parte del Nuevo Testamento de la Biblia, escribió: "Sigo adelante, por ver si logro alcanzar aquello para lo cual fui también alcanzado por Cristo Jesús" (Filipenses 3:12). Pablo está hablando de la vida después de la muerte, la dicha eterna en el cielo. En el centro de sus esfuerzos está Jesucristo; Pablo se empeña porque él pertenece a Jesús. Su vida ha sido transformada por causa de Jesús, y ahora vive su vida con un nuevo objetivo en mente.

La vida cristiana se basa en la fe en Jesucristo, lo que significa que hay cosas que el cristiano debe

creer para llamarse cristiano. En el centro de la fe cristiana está Jesucristo: lo que él es y lo que hizo cuando estuvo en la tierra. En el transcurso de la historia de la iglesia, los cristianos se han reunido y han formulado declaraciones que describen exactamente lo que creen sobre la base de lo que enseña la Biblia. Estos resúmenes de las creencias cristianas son útiles para los creyentes y no creyentes por igual para comprender lo que significa ser cristiano.

Una de las declaraciones más tempranas de lo que creen los cristianos se llama el Credo de los Apóstoles. Data de algún momento en el siglo V d. C., varios cientos de años después de la época de Jesús. Su nombre se refiere al hecho de que condensa la enseñanza de los apóstoles, quienes fueron seguidores de Jesús y a quienes él designó como sus sucesores.

El resto de este libro intentará ayudar al lector a entender el Credo de los Apóstoles. Analizaremos el Credo punto por punto y expondremos su significado. El objetivo es brindar al lector una comprensión clara y sucinta de las nociones básicas de la creencia cristiana y qué significa correr la carrera de la vida conforme a la fe en Cristo y conforme a las enseñanzas de la Biblia.

Capítulo Dos

¿Qué es la fe?

Creo en Dios Padre, Todopoderoso…

El Credo de los Apóstoles parte con la palabra "creo". ¿Qué significa decir que uno cree en algo? Un concepto estrechamente relacionado es el de la fe. ¿Qué significa tener fe? La fe es tan vital para el cristianismo que a veces a este se le llama "la fe cristiana". Para entender el cristianismo, debemos entender lo que significa creer o tener fe. La fe se suele considerar como lo opuesto a la razón o a la "percepción sensorial", es decir, las cosas que podemos gustar, ver, tocar, oler, y oír. En otras palabras, se suele poner a la fe en oposición a otras formas

de aprender cosas. Muchas personas creen que la fe es contraria a la razón o a la percepción sensorial, de manera que para tener verdadera fe, uno debe operar sin la razón ni la percepción sensorial. Pero esto no es lo que enseña la Biblia. Más bien encontramos que la Biblia es el fundamento del conocimiento, incluyendo tanto la razón como la percepción sensorial. La fe se apoya en este fundamento, pero también nos lleva más allá de sus límites.

Esto puede sonar extraño, porque muchos separan la fe como una forma de conocimiento totalmente aparte. ¿Pero cómo se puede recibir algún conocimiento de Dios si nuestra mente no puede comprenderlo?

Uno de los credos cristianos más antiguos se encuentra en la Biblia. Era muy sencillo. Era la afirmación "Jesús es el Señor". Es posible pronunciar estas palabras sin entenderlas. Alguien puede repetir esta oración sin entender qué significa el concepto de "Señor", qué indica el verbo "es", y a qué se refiere el nombre "Jesús". Pero si uno pronuncia las palabras sin entenderlas, no está afirmando realmente lo que las palabras significan; uno no está haciendo una verdadera profesión de fe. Por lo tanto, para creer en el evangelio, para tener fe en Jesús, primero se debe tener al menos algún grado de comprensión del mensaje del evangelio en la mente.

El cristianismo también es una fe o religión que tiene un libro que contiene enseñanza y doctrina que está diseñada para que la entendamos. No tiene sentido tener algún tipo de documento escrito si entendemos la fe como algo que elude la razón. Los documentos escritos tienen el propósito de convencer a las personas; urgen a las personas a usar su razón para considerar el mensaje de tales documentos. Por lo tanto, según la Biblia, la fe no es una "fe ciega". Uno no entra con los ojos cerrados. De hecho, la Biblia nos invita a abrir nuestros ojos a la realidad; nos llama a salir de la oscuridad y a entrar en la luz.

Por otra parte, la razón pura no llevará a nadie a creer el evangelio. Tampoco la sola percepción sensorial. La Escritura dice que "la fe es la garantía de lo que se espera, la certeza de lo que no se ve" (Hebreos 11:1, NVI). La fe implica cosas que no podemos ver u oír o tocar. Nadie ha visto a Dios jamás; no podemos ver el cielo. Pero podemos ver la obra de la mano de Dios en la creación.

El cristianismo es lo que se denomina una "religión revelada". Los cristianos creen en un Dios que se revela a sí mismo a través de la naturaleza, pero también creemos en un Dios que ha hablado. Cuando hablamos de la fe como la convicción de lo que no se ve, estamos hablando de creerle a Dios y creer lo que él nos ha revelado en la

Biblia. No es una fe irracional o no científica. La creencia cristiana se basa en sucesos históricos que realmente acontecieron, sucesos que se pueden verificar por medios científicos y sensoriales.

Por lo tanto, cuando recitamos un credo, cuando decimos "creo", estamos afirmando nuestra conformidad con las declaraciones del cristianismo y la Biblia. Esta no es una fe ciega, sino una fe vital y real. Los verdaderos opuestos de la fe en el sentido bíblico no son la razón y la experiencia, sino la credulidad y la superstición.

Es importante subrayar la centralidad de la fe en el cristianismo. Fue en torno a este asunto que ocurrió la Reforma protestante en el siglo XVI. Martín Lutero y otros argumentaban que es por fe y solo por fe que somos justificados o hechos justos delante de Dios.

Esto plantea algunas interrogantes. ¿Qué tipo de fe justifica? El libro de Santiago, en el Nuevo Testamento, dice que la fe sin obras está muerta; no puede salvar a nadie. Como dijo Lutero, el tipo de fe que redime es una fe vital, una fe viva. De manera que debemos tener una fe viva para que sea una fe salvadora, ¿pero qué implica este tipo de fe?

Los líderes de la Reforma enseñaron que hay al menos tres elementos distinguibles en la fe bíblica. El primero es

el contenido de lo que creemos. No basta con creer lo que uno quiera, con tal de que uno lo crea sinceramente. Para que una creencia salve, debe tener un contenido bíblico.

En el Nuevo Testamento se nos da el contenido básico de la fe salvadora: que Cristo es el Hijo de Dios; que él es el Salvador; que él murió por nuestros pecados; que se levantó de los muertos. Los apóstoles predicaron esto y llamaron a la gente a creerlo. Antes de que alguien pueda creer este contenido, primero debe conocerlo y entenderlo.

El segundo elemento de la fe salvadora es el asentimiento intelectual. Eso significa que uno está de acuerdo en que algo es verdadero. Podríamos preguntar: "¿Crees que el cielo es azul?". Simplemente estoy preguntando si crees que esta oración es verdadera. Si dices que sí, has asentido intelectualmente a esa oración. Asimismo, los primeros cristianos preguntaban: "¿Crees que Jesús es el Hijo de Dios?". Algunos decían que no. Otros decían que sí. Pero decir que sí no es suficiente para tener una fe salvadora. Después de todo, la Biblia señala que los demonios reconocen la identidad de Jesús como el Hijo de Dios.

Aquí es donde entra el tercer elemento de la fe salvadora. Esta implica una confianza o aceptación personal.

Uno no solo sabe que la Biblia afirma que Jesús es el Hijo de Dios, sino que cree que esta afirmación es verdadera, y además, uno acepta esta afirmación. Uno ve felizmente a Jesús por quien él es y con gozo confía en él. La persona que tiene fe salvadora en Cristo en otro momento estuvo separada de él y era hostil a él, pero ahora lo ama y lo adora.

Cuando alguien dice "creo", significa que acepta, con su corazón y con su voluntad, la victoria y el triunfo de Cristo. Eso es una declaración de fe. No solo recitamos un credo porque pensamos que es verdadero. La fe es más que solo conocimiento o asentimiento intelectual. Pero tampoco es menos.

Capítulo Tres

Dios el Padre

Creo en Dios Padre, Todopoderoso
Creador del cielo y la tierra...

El centro de la fe cristiana es Jesucristo. Por lo tanto, las declaraciones de fe más tempranas se enfocan en la persona de Jesús. Además, la mayoría de los primeros convertidos eran judíos. Ellos ya creían en Dios el Padre, de manera que solo necesitaban afirmar su creencia en Jesús.

Hacia el año 100, sin embargo, una mayor concurrencia de no judíos comenzó a afluir hacia la iglesia. Ya no se podía dar por sentado que los convertidos

tuviesen una clara comprensión del monoteísmo, o creencia en un solo Dios. La mayoría de estos convertidos anteriormente habían creído en muchos dioses. Se necesitaba cierta instrucción básica.

En ese entonces, cuando un nuevo convertido era bautizado, se le hacía una serie de preguntas. Estas preguntas se convirtieron en la base de las declaraciones del Credo de los Apóstoles, y comenzaban con la pregunta "¿crees en Dios el Padre, Todopoderoso?".

El Padre es el Dios que se reveló en el Antiguo Testamento. Pero cuando vino Jesús, él no vino a reemplazar o sustituir al Padre. Él vino a declarar al Padre. Hay una íntima relación entre el Jesús histórico del Nuevo Testamento y Dios el Padre, el Dios del Antiguo Testamento.

Desde el comienzo mismo, el cristianismo era conscientemente trinitario; afirmaba que hay tres personas en la Divinidad: el Padre, el Hijo, y el Espíritu Santo. Nótese la progresión en el Credo de los Apóstoles: "Creo en Dios Padre... en Jesucristo, su unigénito Hijo, nuestro Señor... {y} en el Espíritu Santo...". Se confiesa a las tres personas de la Trinidad en esta muy temprana declaración de fe.

La creencia en Dios el Padre es fundamental para la fe cristiana. No obstante, la Paternidad de Dios no siempre se ha entendido correctamente. En el siglo XIX, algunos intentaron redefinir el cristianismo, para reducirlo a como ellos entendían su esencia. Ellos llegaron a la conclusión de que el cristianismo consiste en dos afirmaciones centrales. La Paternidad universal de Dios y la hermandad universal de los hombres. La idea tiene que ver con la solidaridad de todos los hombres bajo la benevolencia de Dios sin distinción. Sin embargo, desde un punto de vista bíblico, esta conclusión es problemática.

Hay una declaración que puede sugerir esa idea. El apóstol Pablo, cuando debatía con algunos filósofos griegos en el Areópago de Atenas, citó a los filósofos de ellos, diciendo: "Algunos de sus propios poetas griegos han dicho: 'De él somos descendientes'" (Hechos 17:28, NVI). Lo que él quiso decir fue que, en el sentido de que Dios es el Creador de todas las personas, se podría decir que él es el Padre de todos los hombres. Pero la idea de que todos los hombres, incluso aquellos que no creen en Cristo, pueden mirar a Dios como un Padre amoroso no se encuentra en ninguna parte.

Asimismo, la hermandad universal de los hombres no se puede encontrar en la Biblia. En lugar de ello, la Biblia enseña que todos somos prójimos, y estamos llamados a amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos. La hermandad, por otra parte, es un tipo especial de comunión humana. Se funda en el conocimiento de que Jesús, como el Hijo de Dios, verdaderamente tiene a Dios como su Padre. Nosotros, por el contrario, recibimos a Dios como nuestro Padre solo cuando somos adoptados en la familia de Dios. Estamos alienados de Dios y su familia por naturaleza, pero podemos ser reconciliados con él por medio de Cristo.

En consecuencia, si afirmamos una hermandad universal de los hombres y una Paternidad universal de Dios, oscurecemos esa muy especial relación que Cristo ha hecho posible para aquellos que creen en él. Los opositores de Jesús reconocían lo radical que era pretender que Dios era el Padre de uno; de hecho, cuando Jesús llamó a Dios su Padre, ellos querían apedrearlo por blasfemia (Juan 5:18).

En el Padrenuestro, cuando Jesús instruye a sus seguidores a orar: "Padre nuestro", los estaba invitando a la íntima relación que él goza con el Padre. Esta era una enorme innovación. No obstante, hoy

es tan común que los cristianos oren a Dios como su Padre que lo damos por sentado y pasamos por alto la relevancia y el privilegio de dirigirse a Dios como nuestro Padre.

Si se asume que la esencia de la religión es la Paternidad universal de Dios y la hermandad universal de los hombres, también se pasa por alto la relevancia de la invitación a estar en la presencia de Dios y dirigirse a él como "Padre". Si él es el Padre de todos, entonces se oscurece la intimidad de la que disfrutamos con él como nuestro Padre. Él se vuelve distante, impersonal. Pero el cristianismo afirma la existencia de un Dios personal con quien tenemos una relación personal. No pronunciamos nuestras oraciones a un Dios impersonal o distante, sino a uno que está presente y es conocido.

Este Dios, desde los más tempranos tiempos de la religión judía, se concebía como "el Todopoderoso". Dios el Creador no solo redimió a Israel, sino que creó el cielo y la tierra. Su esfera de autoridad, pues, no solo son los límites geográficos de Palestina, sino el mundo entero. El término *todopoderoso* está fundado en el concepto de Dios como el soberano Gobernador sobre todo el mundo.

Capítulo Cuatro

La persona y la obra de Cristo

(Parte 1)

Creo en Jesucristo, su unigénito Hijo, nuestro Señor quien fue concebido por el Espíritu Santo, nacido de la virgen María...

En su propia época, el hombre que nosotros conocemos como "Jesucristo" habría sido conocido como "Jesús Bar {hijo de} José" o "Jesús de Nazaret". En aquel entonces, la gente no tenía apellido, así que una persona era identificada por el nombre de su padre o su ciudad natal. "Cristo" no es su nombre sino un título, pero ese título es tan importante, tan central para la enseñanza del Nuevo Testamento acerca de Jesús, que con

el tiempo el nombre y el título se unieron estrechamente. A consecuencia de esto, a menudo pensamos que el título *Cristo* es el apellido de Jesús.

La sección más grande del Credo de los Apóstoles se enfoca en la persona y la obra de Jesús, y comienza usando este importantísimo título. Cuando la iglesia primitiva llamaba a Jesús "el Cristo", estaba repitiendo la confesión del apóstol Pedro: "Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente". La palabra Cristo en el Nuevo Testamento en español proviene directamente de la palabra griega *kristos,* que a su vez es una traducción de la palabra hebrea *mashiach* o "Mesías". Tanto *Cristo* como *Mesías* significan "el ungido", en referencia a alguien que era especialmente separado para los propósitos de Dios. En el Antiguo Testamento, el término *Mesías* llegó a referirse a un esperado salvador que libertaría al pueblo.

Por lo tanto, cuando los cristianos dicen que creen en Jesús el Cristo, están haciendo una confesión de que Jesús es el tan esperado Mesías. Esto es central para la proclamación del Nuevo Testamento acerca de Jesús; él es el Cristo.

En el Antiguo Testamento, hay varias facetas de expectativa distintas en lo que respecta al Mesías. Una faceta esperaba a alguien como Moisés, el líder prototípi-

co, quien libertaría a su pueblo y sería el mediador de un nuevo pacto. El profeta Isaías predijo a alguien que sería el siervo sufriente de Israel –el siervo del Señor, el que cargaría los pecados del pueblo. También estaba la expectativa de que el Mesías vendría del linaje real del Rey David. La literatura apocalíptica del Antiguo Testamento, en particular en el libro de Daniel, promete un ser celestial que será enviado a juzgar al mundo.

Con todas estas perspectivas distintas del Mesías, sería razonable preguntarse cómo podrían converger todas ellas en una sola persona. No obstante, en el Nuevo Testamento, está claro que cada una de estas facetas individuales convergen en la vida y obra de Jesucristo. Él vino y ejerció el rol de los profetas; él cumplió el rol de rey; sirvió en el rol del gran Sumo Sacerdote; y es el que carga los pecados de su pueblo, el siervo sufriente.

El Credo de los Apóstoles afirma que Jesús es único en su clase. Cuando Roger Bannister rompió el récord de los cuatro minutos, fue el primer ser humano en la historia en correr 1.500 metros en menos de cuatro minutos. Por un momento, Bannister fue único: había hecho algo que ningún otro ser humano había conseguido jamás. Pero desde ese momento, muchas personas han repetido su hazaña. Sin embargo, lo que él hizo que los

demás nunca podrían hacer fue ser el primero en hacerlo. A Jesús se le llama el Hijo unigénito del Padre; él es único en su clase. No hay nadie como él. Los cristianos se llaman hijos de Dios, pero solo en virtud de su adopción mediante Jesucristo. Así que Jesús es de manera única el Hijo de Dios por naturaleza.

A Jesús también se le llama "nuestro Señor". Recordemos que la primera confesión de la iglesia fue la simple afirmación "Jesús es el Señor". La palabra para "Señor" en el Nuevo Testamento está llena de significado; traduce la palabra que los judíos usaban casi exclusivamente para Dios el Padre. Ellos evitaban pronunciar el nombre de Dios a fin de evitar blasfemar. En lugar de ello, lo llamaban "Señor". Por lo tanto, cuando la iglesia primitiva llamó a Jesús "Señor", le estaban atribuyendo deidad. Lo estaban identificando con aquel que había hecho el cielo y la tierra y que gobierna sobre toda la creación. Era un título imperial. El Señor es el soberano, y la soberanía en el sentido absoluto se reserva para Dios.

Después de esta breve confesión de títulos respecto a Jesús, el Credo de los Apóstoles abarca rápidamente un bosquejo de su vida. Esto es importante porque lo que él fue en su vida definió su obra. El credo comienza con una afirmación de su nacimiento virginal. Desde los prime-

ros días en la historia de la iglesia, la afirmación del nacimiento virginal de Jesús fue central en las confesiones de la iglesia. Esta afirmación es necesaria –no solo porque está en juego la integridad del testimonio apostólico, pues ellos sostuvieron el nacimiento virginal– porque era necesario que Jesús naciera de una virgen a fin de llevar a cabo la obra que Dios lo había enviado a realizar.

Nacer de una virgen significa que Jesús nació sin la contaminación del pecado original. Él no heredó la mancha que todos heredamos por el hecho de ser descendientes de Adán. Esta mancha se transmite por progresión natural, de manera que todo el mundo nace con una naturaleza humana caída. Pero Jesús, por haber sido milagrosamente concebido en el vientre de María, evitó esta mancha. Él fue y es sin pecado, no solo respecto al pecado real, sino también respecto al pecado original.

En la comprensión de la iglesia acerca de la persona de Cristo, Jesús es una persona con dos naturalezas: una humana y una divina. El misterio de la encarnación no es que Dios deje de ser Dios y se vuelva humano, o que un humano repentinamente se vuelva Dios. El misterio de la encarnación es que la segunda persona de la Trinidad –el eterno Hijo de Dios– no perdió nada de su naturaleza como Dios, y no obstante asumió una naturaleza huma-

na. Él obtuvo esa naturaleza humana de María. De este modo, tenemos una persona con dos naturalezas: él es verdaderamente Dios y verdaderamente hombre.

Capítulo Cinco

La persona y la obra de Cristo (Parte 2)

Creo en Jesucristo...
quien... sufrió bajo Poncio Pilato;
fue crucificado, muerto y sepultado;
descendió al infierno;
al tercer día resucitó de entre los muertos;
ascendió al cielo,
y se sentó a la derecha de Dios Padre Todopoderoso.
Desde allí vendrá a juzgar a los vivos y a los muertos.

En este punto, el credo pasa rápidamente de una confesión del nacimiento de Jesús a su pasión, es decir, su sufrimiento en la cruz. Puede que parezca una transición abrupta, como si nada hubiera pasado entre

su nacimiento y su muerte. Esto parece especialmente abrupto cuando uno entiende que el Nuevo Testamento y la iglesia primitiva le dieron gran importancia a la vida de Jesús. No es simplemente la muerte de Jesús lo que nos redime, sino su vida de perfecta obediencia; esto fue necesario para que él hiciera un sacrificio perfecto por los pecados de su pueblo en la cruz. Y no obstante, el credo pasa de inmediato de su nacimiento a su sufrimiento.

Es importante observar que para la iglesia primitiva el sufrimiento de Cristo no era algo negativo. Es parte del gozo del evangelio. Por ejemplo, ¿por qué el día en que conmemoramos la crucifixión de Cristo lo llamamos "Viernes Santo", y en inglés "Good Friday" ("viernes bueno")? Es el día más oscuro de la historia del mundo desde una perspectiva; pero desde otra perspectiva, es el día de la redención. Por tanto, en cierto sentido el credo está indicando algo gozoso, a saber, una relación entre su nacimiento y su muerte. Jesús nació para morir; no como un héroe trágico, como alguien que muere en la desilusión, ni alguien que se resignó al inevitable sufrimiento. Su muerte fue más bien su destino por nosotros y por nuestra redención.

Otra cosa que parece extraña es la frase "bajo Poncio Pilato". El Credo de los Apóstoles es muy breve; ¿por

qué mencionar a Poncio Pilato, especialmente considerando todas las demás figuras importantes en la vida de Jesús? Otros estuvieron involucrados incluso en su muerte: Judas, un discípulo, lo traicionó; Caifás, uno de los líderes judíos, conspiró contra él; Herodes, el rey judío sobre la región, participó en el juicio de Cristo. ¿Por qué mencionar a Pilato, el oscuro gobernador romano?

Una respuesta es que al decir que sufrió bajo Poncio Pilato, el credo inmediatamente pone el sufrimiento de Jesús en el ámbito de la historia del mundo. Jesús fue un hombre real; vivió en un determinado lugar en un momento determinado, e interactuó con personas reales. Al mencionar a Pilato, arraiga el relato de Jesús en la historia.

Otra respuesta tiene que ver con el control de Dios sobre los sucesos terrenales. El sufrimiento y la muerte de Jesús no fue un accidente; fue parte de los propósitos de Dios para la redención de su pueblo. Dios cumplió sus propósitos a pesar de las malévolas intenciones de hombres malvados, y esta referencia a Poncio Pilato sugiere el triunfo de la soberanía de Dios sobre los poderes políticos humanos.

Pero hay otro elemento que fue aún más importante. El Antiguo Testamento había predicho que el

Mesías sería entregado a los gentiles (no judíos) para ser juzgado. Jesús no fue muerto por los judíos; estos lo llevaron a los romanos, quienes trataron de devolverlo: Pilato lo reenvió a Herodes, Herodes lo envió de vuelta a Pilato, y el juicio final vino de parte de los gentiles. Incluso el medio de ejecución no fue judío; él fue crucificado, un método de ejecución característico de los romanos, en lugar de ser apedreado, que era el método judío para la pena de muerte.

El apóstol Pablo le atribuye gran importancia a los medios de la muerte de Jesús en el libro de Gálatas. Él llama la atención hacia el hecho de que bajo la legislación del Antiguo Testamento había leyes de purificación y leyes acerca de la contaminación, donde aquellos que guardaban la ley eran bendecidos, y los que quebrantaban la ley eran maldecidos. Ser maldecido significaba que uno era eliminado de la presencia de Dios.

El libro de Deuteronomio, en el Antiguo Testamento, dice: "Maldito todo el que es colgado en un madero" (Gálatas 3:13; ver Deuteronomio 21:23), y en Gálatas, Pablo se enfoca en el hecho de que el modo de muerte de Jesús fue por crucifixión, que está bajo maldición del sistema veterotestamentario porque es una forma de muerte gentil: colgado en un

madero, es decir, en una cruz. Sufrir una forma de muerte de los gentiles significó que Jesús sufriera la maldición por nosotros; él fue eliminado, sacado de la presencia de Dios, ejecutado fuera de los muros de Jerusalén, abandonado a los gentiles.

La mención del entierro de Jesús también es una referencia a la profecía del Antiguo Testamento. El profeta Isaías predijo el sufrimiento y el entierro de Cristo, diciendo: "Él no había hecho nada malo, y jamás había engañado a nadie. Pero fue enterrado como un criminal; fue puesto en la tumba de un hombre rico" (Isaías 53:9, NTV). Jesús fue ejecutado entre dos criminales, y tras su muerte, en lugar de que su cuerpo fuera arrojado a una pila de basura y quemado (como era la práctica romana normal), Pilato permitió que Jesús tuviese un entierro judío apropiado en la tumba prestada de un hombre rico llamado José de Arimatea. Estos sucesos cumplieron la profecía de Isaías acerca de la muerte y el entierro del Mesías.

La siguiente frase, "descendió al infierno", ha causado cierta confusión en el curso de la historia de la iglesia. Algunos dicen que habla de donde estuvo el espíritu de Jesús durante el ínterin entre su muerte y su resurrección. Una mejor lectura es entender esta

oración como una referencia a la realidad espiritual de lo que Jesús experimentó en la cruz. Es decir, al pagar el castigo por los pecados de su pueblo, Jesús fue al infierno en la cruz. Fue en la cruz que Cristo experimentó la maldición, fue abandonado por el Padre, y sobre él se derramó todo el rigor de la ira divina.

Finalmente, el credo pasa a la resurrección. El primer credo de la iglesia fue "Jesús es Señor", pero el primer anuncio del evangelio fue simplemente "¡Él ha resucitado!". El cristianismo es inconcebible sin la resurrección de Cristo. Es tan importante que el apóstol Pablo dedica todo un capítulo de su primera carta a los corintios para argumentar que Jesús resucitó de los muertos (1 Corintios 15). Él proporciona un detallado argumento basado en el cumplimiento de la Escritura, el testimonio de los apóstoles como testigos oculares, y las otras quinientas personas, y su propia experiencia como testigo ocular.

La resurrección es tan importante, dijo Pablo, que si Jesús aún está muerto, si no ha resucitado, entonces todavía somos culpables y responsables por nuestros pecados; y además, la fe es inútil. Para el apóstol Pablo, si uno elimina la resurrección, elimina el cristianismo. Si Cristo no resucitó, entonces no tenemos esperanza, y de igual manera podríamos desperdiciar nuestra vida. La resurrección da

esperanza porque significa que Dios el Padre ha aceptado el sacrificio de Jesús; significa que la salvación y el perdón de nuestros pecados están disponibles por medio de Cristo.

La resurrección también es significativa porque en ella el mayor enemigo del hombre –la muerte– es vencido. La resurrección no es un evento aislado que solo benefició a Jesús. El Nuevo Testamento declara que su resurrección es la primera de muchas. A todos aquellos que ponen su confianza en Cristo se les promete que participarán en la resurrección de Jesús. Gracias a la resurrección, hay esperanza de nueva vida.

Cuando Jesús se levantó de los muertos, no fue para poder continuar son su ministerio por otros cincuenta años. El credo afirma que él "ascendió al cielo". Uno de los momentos más importantes de la historia de la redención sucedió en la ascensión de Jesús. En la ascensión de Cristo, el resucitado fue entronizado como el Rey de reyes y Señor de señores. Eso significa que en ese preciso momento él se sentó en el más alto puesto de autoridad.

Una de las razones por las que los primeros cristianos dieron vuelta el mundo al revés es que ellos sabían quién tenía el control; sabían quién era el verdadero rey último. Después de que los discípulos de Jesús lo vieron ascender al cielo, volvieron a Jerusalén con gozo. El único motivo por el que ellos podían regocijarse era entender adónde

iba él y qué sucedería después. Él no estaba meramente partiendo; él iba al puesto de autoridad. Por tanto, en el credo, la ascensión va seguida de lo que se denomina "la sesión": Cristo se sienta a la derecha de Dios, donde está sentado en la posición de poder, autoridad y reinado.

No solo eso, sino que Jesús ha entrado en el Lugar Santísimo, la habitación interior del cielo. Allí, él actúa como Sumo Sacerdote a favor de su pueblo. En el Israel del Antiguo Testamento, un día al año los judíos tenían un sumo sacerdote humano, quien tenía que pasar por radicales ritos de purificación con el fin de entrar y ofrecer un sacrificio que fuera bueno para el siguiente año. Pero los cristianos tenemos un perfecto Sumo Sacerdote, quien ruega al Padre en las habitaciones interiores de la corte celestial a cada momento de cada día. ¡No es de extrañar que los discípulos se regocijaran!

Luego el credo concluye su confesión respecto a Cristo diciendo que incluso esto no es el fin de la historia: él volverá desde ese mismo lugar. Volverá desde allí para juzgar a los vivos y a los muertos. Aquellos que han puesto su confianza en Cristo serán vindicados, y todos los enemigos de Jesús –y los enemigos de su pueblo– serán castigados. Cristo es Rey, es Sacerdote, y es el Juez del mundo.

Capítulo Seis

El Espíritu Santo y la iglesia

Creo en el Espíritu Santo,
la santa iglesia universal,
la comunión de los santos...

El Credo de los Apóstoles es una declaración conscientemente trinitaria; es decir, tiene una clara percepción de Dios como tres personas: Padre, Hijo, y Espíritu Santo. Algunos piensan que el pleno concepto de la Trinidad no se desarrolló sino hasta el siglo IV, pero la creencia en Dios como una Trinidad se afirmó claramente desde el principio. Después de haber afirmado la creencia en Dios el Padre y en Jesucristo, el Credo de los

Apóstoles completa su confesión trinitaria con una breve declaración: "Creo en el Espíritu Santo".

Una de las cosas más importantes que se debe entender es que el Espíritu Santo es una persona, no meramente una fuerza o poder impersonal. En otras palabras, el Espíritu Santo es un "él", no un "esto". Él tiene una personalidad, lo que significa que uno puede tener una relación con él, tal como uno puede tener una relación con cualquier otra persona.

Como miembro de la Divinidad, el Espíritu estuvo involucrado en la creación. Pero quizá su rol más conocido sea el de la inspiración. En la Biblia, el Espíritu se conoce como el Espíritu de verdad. Fue el Espíritu que vino sobre los profetas y les permitió hablar la verdad de Dios. Fue también por el Espíritu Santo que la Escritura misma fue inspirada y supervisada.

La vida cristiana comienza con la acción del Espíritu Santo. El Espíritu cambia el corazón, y causa que las almas muertas vivan para las cosas de Dios. Esto se denomina "regeneración". La vida cristiana comienza por medio del poder del Espíritu, y el crecimiento en el transcurso de la vida cristiana también sucede por medio del poder del Espíritu. Este proceso de crecimiento en la gracia hacia la madurez espiritual se llama "santificación".

En la santificación, los cristianos comienzan a exhibir lo que el Nuevo Testamento llama "el fruto del Espíritu": "Amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza" (Gálatas 5:22-23).

Pero hay una dimensión de la obra del Espíritu que amerita mayor consideración. En el Nuevo Testamento, cuando Jesús les habla a sus discípulos acerca de la venida del Espíritu (Juan 14-17), él llama al Espíritu "el Consolador". No obstante, cuando el Nuevo Testamento presenta al Consolador, no lo llama simplemente *el* Consolador; lo llama *otro* Consolador. A veces la palabra griega en cuestión se traduce como Ayudador o Defensor. Así que cuando Jesús dice "les enviaré otro Consolador", ¿quién es el Consolador original? La respuesta es Jesús mismo. En ausencia de Jesús, él envía a otro Consolador, el Espíritu Santo, quien actúa como la presencia continua de Jesús en la vida de los cristianos.

"Consolador" o "Ayudador" sugiere a alguien que se sienta a nuestro lado y es tiernamente sensible a nuestro dolor y tristeza. En efecto, una de las funciones del Espíritu Santo es confortarnos en nuestra angustia, en tiempos de crisis y tragedia. Pero no es eso a lo que se refiere Jesús al usar este título. La palabra griega utilizada era el título que se le daba a un abogado defensor, alguien que

estaba disponible en tiempos de problemas. Jesús envía al Espíritu como alguien que estaría junto a los cristianos *en medio* de la lucha, los problemas y la crisis. Este tipo de consolador es alguien que viene con fortaleza, que fortalece. Jesús prometió el Espíritu Santo como nuestro aliado para que esté a nuestro lado y nos aliente.

Cuando el Espíritu actúa en la vida de los cristianos, siempre los guía hacia una comunidad. El Nuevo Testamento llama "santos" a los creyentes. Esta palabra sugiere que los creyentes están separados para un propósito especial. No se los llama "santos" porque sean puros y justos, o completamente santos en el mismo sentido en que Dios lo es, sino porque el Espíritu Santo habita en ellos, consagrándolos y reuniéndolos en un cuerpo. En este sentido, "santos" no se refiere a individuos que superan a otros en santidad o algún otro sentido, o que realicen milagros. Según el Nuevo Testamento, todos los creyentes son santos porque en todos ellos mora el Espíritu Santo, quien los hace santos.

Hay un sentido en el que nuestra redención es individual. Somos miembros individuales de todo tipo de grupos distintos. En última instancia, cuando estoy delante de Dios, estoy solo; es mi fe, y yo soy el que debe creer y confiar en Jesucristo. No obstante, si bien la redención

tiene un fuerte sentido individual, el cristianismo no enseña el individualismo. Los creyentes individuales más bien están llamados a participar en una comunidad de fe, lo que llamamos la iglesia. El credo afirma que esta es una santa iglesia universal. *Iglesia* en este sentido no se refiere a una denominación en particular o una asamblea local, sino a todo el grupo de creyentes, dondequiera que se encuentren.

Si hay una institución hoy en día que no siempre parece ser santa, es la iglesia. La iglesia es una institución corrupta, pero es la institución más importante del mundo. Las fuerzas del infierno entienden este hecho, de manera que la iglesia de Jesucristo es el máximo objetivo del ataque espiritual. Pero es la única institución que cuenta con la garantía de Cristo. Los miembros de la iglesia no siempre se muestran santos, pero la iglesia de hecho está organizada para beneficio de los pecadores.

Pese a la falta de santidad de sus miembros, la iglesia es santa por causa de su Cabeza, Jesucristo. Él es quien dijo: "Edificaré mi iglesia" (Mateo 16:18). Así que la iglesia existe porque Cristo la ha llamado, porque Cristo la ha instituido y ordenado, porque el Espíritu la ha dotado y habita en ella, y porque nosotros recibimos el beneficio de la santidad de la iglesia. Cualquiera que sea la santidad

que recibimos, la recibimos por causa de los mismos poderes que en primer lugar reúnen a la iglesia: Jesucristo y el Espíritu Santo. Cristo ha ordenado y ha llamado a cada cristiano a participar en su iglesia, diciéndonos que no abandonemos la reunión de los santos. Ningún hombre es una isla en lo que respecta a la fe cristiana; todos tenemos un deber, así como un privilegio, de participar en la iglesia.

El credo declara la creencia en la “santa iglesia universal” o católica. Esta no es la Iglesia Católica Romana. *Católica* simplemente significa “universal”, lo cual implica que la iglesia existe en cada lugar donde hay pueblo de Dios. Los protestantes todavía retienen esta confesión del Credo de los Apóstoles porque, si bien puede que no aceptemos la Iglesia Católica Romana, ciertamente creemos que hay un cuerpo de Cristo universal que es más grande, más amplio, más profundo, y más vasto que las denominaciones y congregaciones locales de las que somos miembros.

“La comunión de los santos” es otra forma de describir la iglesia católica universal. Esto no se refiere al sacramento de la Cena del Señor o Eucaristía, que a veces se denomina “Comunión”. En el credo, “la comunión de los santos” significa que hay una comunidad, una herman-

dad, unida por el Espíritu Santo, que está conformada por todos los cristianos del mundo. Esta comunión trasciende los límites denominacionales, geográficos y étnicos, y además trasciende los límites temporales.

Esto significa que los creyentes de hoy de alguna forma están en comunión con aquellos que creyeron años e incluso siglos antes que ellos. De hecho, los creyentes tienen comunión con cada cristiano que haya vivido, porque cada cristiano ha sido unido a Cristo por la fe, y ni siquiera el tiempo ni la muerte pueden destruir esa unión. En virtud de dicha unión, cada creyente está unido de manera mística a cada una de las demás personas que están en unión con Cristo.

Capítulo Siete

Perdón, resurrección y vida eterna

Creo en... el perdón de los pecados,
la resurrección del cuerpo,
y la vida eterna. Amén.

A menudo me he involucrado en discusiones con personas no cristianas, casos en los que hago apologética, y he escuchado a otros afirmar que no creen en Dios, o no creen en Jesús. Si bien existen sofisticados argumentos que uno podría presentar, una de mis estrategias es hacer una simple pregunta: "¿Qué haces con tu culpa?".

Nunca he encontrado a alguien que me mire a los ojos y diga: "Yo no tengo ninguna culpa". Todo el mundo tiene culpa, y todo el mundo la experimenta. Podemos distinguir entre sentimientos de culpa y el estado de culpa objetivo, y puede que a veces los confundamos. A veces las personas dicen que no se sienten culpables, y por lo tanto concluyen que no son culpables. Pero en una corte de justicia, una defensa de homicidio no llegará muy lejos si la férrea defensa consiste en que el acusado no se siente culpable. La culpa es una cuestión de una relación objetiva con las normas y la ley. Cuando transgredimos la ley de Dios, somos culpables. Eso crea un problema para todos.

La Biblia enseña que cada ser humano será responsable delante de Dios por su vida. No se puede entender plenamente la predicación y la enseñanza de Jesús si se oscurece el tema central de juicio. La aparición misma de Jesús en la tierra como Dios encarnado llevó a cabo una crisis de juicio, y él advirtió reiteradamente a la gente acerca de estar preparado para el juicio final. "Porque ¿de qué le sirve a uno ganarse todo el mundo, si pierde su alma? ¿O qué puede dar uno a cambio de su alma? Porque el Hijo

del Hombre vendrá en la gloria de su Padre con sus ángeles, y entonces pagará a cada uno conforme a sus obras" (Mateo 16:26-27).

Jesús habló en términos terribles acerca del juicio final, y afirmó que las cosas que hacemos en secreto se harán manifiestas, y que cada palabra ociosa será juzgada (Mateo 12:36). El punto es que vamos a enfrentar una rendición de cuentas por todo lo que decimos, pensamos y hacemos. Podemos posponer y podemos negar este hecho, pero no podemos escapar de él.

La idea de que cada ser humano es responsable y debe rendir cuentas ante su Creador por la manera en que vive es fundamental para la enseñanza de la Biblia. El Rey David dijo: "Señor, si te fijaras en nuestros pecados, ¿quién podría sostenerse en tu presencia?" (Salmo 130:3). Esta es una pregunta retórica; la respuesta es obvia. Si Dios realmente registra nuestros pecados, nadie puede estar delante de él sin culpa. Si Dios me va a juzgar según el estándar de su ley, su rectitud, su santidad, y por el puro estándar de la justicia, voy a perecer.

De hecho, cuando el Nuevo Testamento habla del juicio final, siempre describe la respuesta de las

personas de la misma manera: silencio. Cuando alguien acusa a otro, aun si este es culpable, la reacción humana normal es protestar o ponerse a la defensiva; damos excusas, tratamos de explicar por qué lo hicimos o tratamos de minimizar la severidad de lo que sea que hayamos hecho. Pero cuando estemos delante de Dios, por primera vez en nuestra vida recibiremos una perfecta e infalible evaluación de nuestro desempeño. Será inútil y una absoluta tontería protestar, porque la evidencia será tan abrumadora que las palabras serán completamente inadecuadas como defensa.

Debido a esta carga de culpa, algo que necesitamos urgentemente es perdón. Y la buena noticia es que Cristo ha hecho posible que cualquiera que haya transgredido los estándares de la justicia de Dios sea restaurado a una recta relación con Dios: que sea reconciliado y justificado, lo cual acontece mediante el perdón de los pecados.

Los cristianos creen que cuando vienen a Dios y le confiesan sus pecados, él los perdona. Ese es el gozo de la vida cristiana. Cuando Dios le dice "te perdono" a alguien, nunca más se lo reprocha. "No hay ninguna condenación para los que están unidos

a Cristo", dice el apóstol Pablo (Romanos 8:1). Esto no significa que no tengamos que pasar por una evaluación o juicio, sino que los que están en Cristo jamás serán condenados por la ira de Dios. Los cristianos disfrutamos de una relación sanada y restaurada con nuestro Creador que dura para siempre. Ese es el mayor beneficio y bendición que un ser humano puede llegar a experimentar.

Dios no promete solo un alma restaurada o paz mental. Él también nos promete un cuerpo renovado. A veces pienso: "Lo que necesito es un cuerpo nuevo, porque el viejo se está desgastando". Dios dice que en la resurrección se nos dará un cuerpo renovado: un cuerpo glorificado inmortal e indestructible. Cuerpos que funcionan sin dolor, enfermedad, corrupción, ni muerte.

Cuando el credo dice: "Creo en la resurrección del cuerpo", quizá algunos piensen que está afirmando la resurrección de Cristo. No; se refiere a nuestro propio cuerpo. Los que tienen fe en Cristo experimentarán la resurrección de sus cuerpos a consecuencia de la resurrección de Cristo.

El gran matemático, filósofo y teólogo Blas Pascal llamó al hombre "la suprema paradoja". Él dijo

que el hombre es la criatura de la máxima grandeza, y al mismo tiempo de la mayor miseria. La grandeza del hombre se halla en su capacidad de contemplar y reflexionar. No obstante, esta es también la base de su miseria. El hombre siempre tiene la capacidad de visualizar una existencia mejor de la que disfruta actualmente o puede realizar. Siempre vivimos con nuestras esperanzas frustradas. Puedo concebir una vida sin dolor, sufrimiento o muerte, pero no puedo hacerla realidad. Algunos dicen que esa es la mismísima base de la religión: proyectar los sueños y esperanzas hacia un estado futuro.

Pero lo que enseña la Biblia no es el cumplimiento de los deseos. Jesucristo ha conquistado la muerte, y dice que, debido al perdón de los pecados, llegará el momento cuando nuestros cuerpos serán levantados. Aquellos que confiaron en Cristo tendrán vida eterna, una vida en la que nuestro Señor dice que él secará toda lágrima de nuestros ojos. No habrá más dolor, ni más tristeza, ni más muerte, ni más pecado. ¿No quieres esto para ti? Todos somos culpables de pecado, y por lo tanto solo merecemos un castigo eterno. La Biblia nos dice que "todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios" (Ro-

manos 3:23). Este Salvador vino a quitar nuestra culpa y darnos vida eterna. Su sacrificio expiatorio lava nuestros pecados. El evangelio es una buena noticia para ti. Si no tienes fe en este Salvador, ¿no confiarás en él ahora para el perdón de tus pecados?

El centro de la creencia cristiana es el evangelio. El evangelio hace una exigencia: debes confiar en Jesucristo para el perdón, o bien debes ignorar o negar este evangelio. E ignorarlo es esencialmente negarlo. El evangelio comienza con el perdón de pecados, lo cual se apoya en todo lo demás en el credo: aquel que es Dios Padre Todopoderoso, el que hizo los cielos y la tierra, que envió su Espíritu sobre una virgen para que ella concibiera y tuviera un hijo. Fue ese Dios soberano del cielo y la tierra quien trajo a su Hijo para que soportara el juicio bajo Poncio Pilato, para que fuera crucificado, muerto, y enterrado; para que descendiera al infierno, y fuera levantado de los muertos para ascender al cielo; y para sentarse a la derecha de Dios en este preciso momento. Y él dice que un día regresará a juzgar a todos. En aquel día, ¿te encontrarás confiando en Cristo para perdón y para vida? ¿O estarás entre aquellos que rehúsan confiar en él para el perdón de sus pecados, y por lo

tanto enfrentan el castigo eterno? Por medio de la fe en Jesús, hay perdón. Él es el que envía el Espíritu Santo, quien ha creado una comunidad llamada la iglesia, y quien nos promete la resurrección del cuerpo, y vida eterna.



Ligonier es el ministerio de enseñanza del Dr. R. C. Sproul, comprometidos a ayudar a los cristianos saben lo que creen, por qué lo creen, cómo vivir, y cómo compartirla. Compartimos cursos, guías de estudio y contenidos multimedia en nuestra página web con el objetivo de proclamar, enseñar y defender la santidad de Dios.

Te invitamos a visitar nuestro
sitio web y unirse a nuestra comunidad
www.facebook.com/LigonierESP

Para más recursos de Ligonier Ministries,
por favor diríjase a
www.ligonier.org/store/collection/spanish-resources

¿QUÉ CARRERA ESTÁS CORRIENDO?

¿Cuál es la meta principal de tu vida? ¿Realmente merece la pena?

Rodeados por el ajetreo de un mundo febril, a menudo nos distraemos con metas insignificantes y fútiles en lugar de enfocarnos en lo que es verdadero y eterno.

En este libro, el Dr. R. C. Sproul describe la carrera más importante de nuestras vidas: la carrera de la fe. A medida que él subraya las implicaciones de la fe cristiana y señala el camino a la victoria, esperamos que te desafíe a considerar cómo estás aprovechando tu vida y si estás corriendo hacia la vida eterna.

El Dr. R. C. Sproul es el fundador y director de Ministerios Ligonier, un ministerio multimedia internacional con sede en Sanford, Florida. Él también se desempeña como pastor principal a cargo de la predicación y la enseñanza en Saint Andrew's Chapel en Sanford, Florida, y su enseñanza puede escucharse en todo el mundo en el programa de radio diario Renewing Your Mind. El Dr. Sproul y su esposa, Vesta, residen en Sanford, Florida.

Te invitamos a visitar nuestro sitio web y unirse a nuestra comunidad

www.facebook.com/LigonierESP | brazilgames.link/es





